



ejemplo de Joas y de Jorán. El impío Acáz tuvo por sucesor á su piadoso hijo Ezequías (723).

En cuanto al reino de Israel, su última hora está ya cercana. Reducido á la mitad por Tegla-Falasar, fué destruido por completo por Salmanasar su hijo. Taceo, hijo de Romelia, muerto por Osías (726), hijo de Belo, en el vigésimo año de su reinado ocupó el trono en su lugar. Salmanasar marchó contra él y le hizo tributario. Algunos años despues, el rey de Israel, pensando en sacudir su yugo, solicitó la alianza del rey de Egipto llamado *Sua* en la *Vulgata*, *Soa*, ó *Segor* en los Setenta, *Soa* ó *Soan* en el historiador Josefo, y que segun el hebreo podria llamarse *Seva* ó *Sevé*.

Es probable que fuera Sevechus hijo de Sabacon. Este fué el jefe de la vigésimaquinta dinastía, que era una dinastía etiope y habia quedado vivo á su predecesor Boechoris (1). Habiendo sabido Salmanasar que el rey de Israel habia mandado embajadores al de Egipto, fué por segunda vez, asoló todo el país, puso sitio á Samaria *Sa-mi-ri-na* por espacio de tres años; se apoderó al sexto año de Ezequías y al noveno de Oseas, á quien redujo á prision; trasladó los israelitas á la Siria, donde los diseminó por los mismos lugares que su padre habia hecho con los primeros cautivos, por Hala y Habor, ciudades de los medos, y el rio Gozan. Así cayó para no volverse á levantar jamás el reino de Israel, despues de haber durado con diez y nueve reyes y siete revoluciones sangrientas, cerca de dos siglos y medio. Esta ruina y esta cautividad estaban predichas ya hacia mucho tiempo, como el último castigo de la impenitencia nacional.

Para no dejar desierto el país de Samaria y para asegurarse á la vez su tranquila posesion, mandó Salmanasar allí colonias procedentes de diversos lugares, de Babilonia, de Cutha, que se cree fuera provincia persa, de Ana en Bactria, de Emath en Siria y de Spharvaim sobre el Eufrates. Pero ni la emigracion de los israelitas, ni la colonizacion de los extranjeros pu-

(1) Crónica de Eusebio, l. I, c. XX.

do hacerse tan de pronto. Ciertamente, segun Esdras (1), que el nieto de Salmanasar, Asarhadon, mandó allí nuevas colonias.

Estas diversas poblaciones tenian distintos dioses y no tenian á Jehová. Pero Él mandó contra ellos leones que los destrozaban. Aleccionados con tan terrible enseñanza, mandaron á decir al rey Asur: «Los pueblos que habeis enviado á Samaria y á los que habeis mandado permanecer en sus ciudades, ignoran la manera con que desea ser adorado el Dios de este país; por esto ha desencadenado contra ellos leones que los destrozaron.»

El rey les mandó un sacerdote de los llevados cautivos, para que se estableciera en Bethel y les enseñara la manera de honrar á Jehová. Fuera que el maestro les enseñara mal, ó fuera porque los discípulos no aprendieran sus enseñanzas, cada uno de estos pueblos unió al culto de Jehová el de sus ídolos particulares (2).

Esta confusion de colonias extranjeras con algunos antiguos habitantes del país y algunos israelitas que habian escapado de la cautividad, constituyó lo que más tarde se llamaron samaritanos, pueblo medio pagano y medio judío, que aceptaba los cinco libros de Moisés, observaba el sábado, practicaba la circuncision y esperaba la venida del Mesías.

Con una mujer de este pueblo es con quien Jesucristo conversó cerca del pozo de Jacob, no lejos de la ciudad de Sictor, ó Siquen. Todavía subsiste en esta ciudad un resto de samaritanos, entre quienes hace dos siglos se encontró el Pentateuco en hebreo con caracteres samaritanos. Salvo algunas variantes de escasa importancia, que generalmente provienen de los cambios de caracteres, este texto está exactamente conforme con el que nosotros hemos recibido de los judíos, prueba evidente de su autenticidad; pues que, como todos sabemos, judíos y samaritanos se hicieron muy pronto enemigos irreconciliables unos de otros.

(1) 1, Esdras, 4, 2.

(2) 4, Reg., 17.

## CAPITULO V

Ezequías.—Fin de Isaías.—Tobías.—Manassés.—Judit.—Destruccion de Nínive.

Mientras que el reino de Israel acababa su ruina, el de Judá recobraba su pasada prosperidad bajo el hijo de Acáz. Ezequías hizo todo lo que era agradable á los ojos del Eterno, conforme en todo lo que habia hecho David, su padre. En el primer mes de su reinado abrió las grandes puertas del templo y las restableció en su primitivo estado.

Los sacerdotes y los levitas purificaron el templo, y el rey, con los principales de la ciudad, ofreció un gran número de sacrificios, cantándose al mismo tiempo por los levitas las alabanzas del Señor, segun lo habia dispuesto David. Para hacer más completa y solemne esta vuelta al Señor, el piadoso monarca envió mensajeros, no sólo á las ciudades de Judá, sino también á las de Israel, invitándoles á que fuesen á Jerusalem á inmolar la pascua del Señor.

Cuando Ezequías envió estos mensajeros, Tegatfalasar habia ya conducido cautivas algunas tribus de Israel y á muchos habitantes del reino de Judá. Su hijo Salmanasar habia hecho tributario al último rey de Israel, Oseas. Los mensajeros fueron mal recibidos en muchos lugares; pero hubo cierto número de las tribus de Asér, Manassés, Zabulon, Efraim y de Isacar, que acudieron á Jerusalem.

En cuanto á Judá, todos obedecieron las órdenes del rey.

Como preparacion para celebrar la fiesta de los ázimos, destruyeron los altares profanos, hicieron pedazos todo cuanto servia para ofrecer á los antiguos ídolos y les arrojaron en el torrente Cedron. Se hizo una gran solemnidad en Jerusalem, tal como no se habia hecho en esta ciudad desde el tiempo de Salomon. Al volver á sus casas los israelitas que habitaban en

las ciudades de Judá, derribaron los ídolos, talaron los bosques profanos y demolieron los altares de los altos lugares, no sólo en la tierra de Judá y Benjamin, sino en la de Efraim y Manassés (1).

Ezequías restableció los sacerdotes y los levitas para el servicio del templo, y mandó pagar los diezmos. Y como él estaba con Dios, Dios estuvo con Ezequías. Los filisteos fueron derrotados y rechazados hasta Gaza. Sacudió el yugo del rey de Assur y no quiso serle tributario, y esto en el tiempo en que este rey ponía fin al reino de Israel. Ezequías se mantuvo en esta independencia hasta el décimocuarto año de su reinado. Temió, sin embargo, no poder resistir solo al conquistador de Nínive, que trataría de intentar contra Judá lo que habia hecho contra Israel. Hizo, pues, alianza con el mismo rey de Egipto, de quien habia esperado su salvacion el último rey de Israel, Oseas. Esta desconfianza en el Señor le fué recriminada duramente por Isaías, que le anunció, sin embargo, la derrota del asirio.

Para mostrar á Ezequías cuánto se habia engañado al poner su confianza en el rey de Egipto, Dios le anuncia por su profeta lo que tiene reservado para el Egipto (2); y las palabras del profeta se cumplieron, siendo sucesivamente invadido y avasallado por Senaquerib, rey de Nínive, Nabucodonosor, rey de Babilonia, y Cambises, rey de los persas; mientras que, bajo este último, los hijos de Judá, restablecidos en su país por Ciro, con admiracion de todo el mundo, se entregaban en paz al culto de su Dios y á labrar la tierra.

(1) 2, Paral., 29, 12-36: 30, 1-27; 31, 1.

(2) Isaías, 31, 1-9; 19, 1-17.



El profeta dirige sus miradas todavía más lejos, y bendice al Egipto, á Assur y á Israel (1), cuya bendicion veremos cumplirse á la venida del Mesias, cuando el Egipto y la Asiria no formen con los verdaderos hijos de Israel más que un solo pueblo de Dios. Veremos á la Providencia preluar esta maravilla, mezclando de antemano la raza de Jacob, como un secreto fermento, con los antiguos reinos de Egipto y de Asiria. Aquí, Daniel, Ester, Mardoqueo, harán conocer á Jehová á todos los pueblos del Asia; allí, los judíos tendrán derecho de ciudadanía en Alejandría; bajo Ptolomeo Filometor, cerca de un siglo y medio antes de la era cristiana, un sacerdote de la familia de Aaron, Onías, gobernará el Egipto como en otro tiempo José, y en una provincia llamada de su nombre, país de Onías, levantará un templo á Jehová en la ciudad del Sol ó Heliópolis (2).

Pero estos designios de misericordia sobre el Egipto eran para los siglos del porvenir; lo que no debía hacerse esperar era la humillacion y la cautividad. Dios manda á su profeta marchar algun tiempo sin calzado y con el vestido entreabierto, diciendo que era esto en presagio y señal de lo que sucedería durante tres años al Egipto y á la Etiopía, de cuyos países llevaría el rey de Assur un gran número de cautivos y prisioneros de guerra sin vestidos y sin calzado. Y entonces los israelitas temerán por haber puesto su confianza en Egipto y la Etiopía (3). El decreto se cumplió como había sido predicho. Salmanasar había muerto, pero Senaquerib le reemplazó en el trono. No menos ambicioso que su predecesor, marchó contra la Judá y contra su aliado el Egipto, con un formidable ejército. Entrado en la Judea, tomó todas las plazas fuertes y puso sitio á Lakis, de donde amenazaba á Jerusalem. Entonces Ezequías le envió embajadores, diciéndole que se retirase de su país y soportara el yugo que quisiera imponerle. El rey de Assur exigió trescientos talentos de plata y treinta talentos de oro, que pagó Ezequías, parte con el tesoro

(1) Isaías, 19, 18-25.

(2) Josefo, *Antiq.*, I, 13, 6, y I, 20, 8

(3) Isaías, 20, 1-6.

real, parte con los tesoros del templo. El asirio ambicionaba, ante todo, la conquista del Egipto, despues de lo cual consideraba que Judá no podía resistirle.

Herodoto habla señaladamente de Senaquerib y de su expedicion al primero de estos países; Beroso, Alejandro Polyhistor, Abideno le llaman de la misma manera, así como á su hijo Asarhaddon. Nos dicen que Merodac, habiendo Baladan matado á Higisa, que había usurpado la soberanía de la Babilonia, y habiendo sido muerto él mismo, despues de seis meses de reinado, por un tal Elib que le sucedió, Senaquerib marchó sobre Babilonia, entró victorioso en esta ciudad y puso en ella por rey á su hijo Asarhaddon; despues venció una flota de los griegos en las aguas de Cilicia y construyó la ciudad de Tarso por el modelo de Babilonia. Su sucesor Axerdes, Asordan ó Asarhaddon, conquistó el Egipto y la Sirla (1).

Ezequías, que podía adivinar la secreta intencion del asirio, aprovechó el intervalo para fortificar á Jerusalem, poner el país en estado de defensa y reanimar el valor de sus tropas.

Segun la relacion de los sacerdotes egipcios en Herodoto, á la aproximacion de Senaquerib, rey de los asirios y de los árabes, el rey de Egipto, Setos, se vió abandonado de la nobleza y de los hombres de guerra; á su muerte el Egipto estuvo en una especie de anarquía, y despues gobernado, no por un solo rey, sino por doce príncipes. Añadian que Senaquerib, se había, sin embargo, visto precisado á emprender la huida, porque una multitud de ratones había roído en una noche las armas de sus soldados. En la lengua geroglífica, el raton significa destruccion. Senaquerib se vió obligado á huir, porque en una noche una gran parte de su ejército había sido destrozado. Esta catástrofe verdadera, la suponian los sacerdotes egipcios que había acaecido entre ellos, para atenuar la derrota de su nacion. Porque, tanto el abandono en que se encontraba Setos, como la anarquía que sucedió á su muerte, todo deja entender que la expedicion de Sena-

(1) *Apud Euseb., Chronic.*, I, I, cap. V y IX.



querib y la de su hijo Asarhaddon fueron desastrosas para el Egipto y produjeron en él una revolucion completa (1).

A su regreso el asirio acampó de nuevo delante de Lakis, y desde allí envió á Tartan, Rabsaris y Rabsaces con un poderoso ejército contra Jerusalem. Rabsaces pidió una entrevista á Ezequías; el cual le envió tres de sus ministros, Eliacim, gran señor de su casa, Sobna, secretario, y Joahe, canceller. Rabsaces les habló diciendo que no oyesen á Ezequías, y así no sufrirían los rigores de un sitio, favorable siempre para las armas del rey de Asur; que inútilmente debían poner su confianza en el rey de Egipto y mucho menos en Jehová, cuyos altares había derribado mandando adorarle en un altar único; como si los dioses de las naciones hubieran librado cada uno su tierra de manos del rey de Asur: haced conmigo una dichosa alianza.

Los enviados de Ezequías volvieron sin responder una palabra, con los vestidos destrozados, y le repitieron las palabras de Rabsaces. Al oírlas Ezequías, rasgó tambien sus vestidos, se cubrió con un saco, entró en el templo y envió á Eliacim á Sobna y á los sacerdotes más ancianos, cerca de Isaías, hijo de Amós, el cual les respondió que no temiesen las palabras del rey de Asur, que Jehová les haría caer bajo la espada (2).

Durante este tiempo, Senaquerib había abandonado á Lakis para sitiar á Lobna. Rabsaces le había ido á encontrar cerca de esta última ciudad, cuando supo que Taraca, rey de Cush ó de Etiopía, se había puesto en campaña para ir á combatirle (3). Esta nueva le contrariaba mucho, y para que el rey de Judá no se envaneciese por esta contrariedad, el soberbio Asirio le hizo decir por nuevos enviados que no pusiera su confianza en su Dios, porque los dioses no habían salvado las naciones que sus pa-

(1) Herodoto, I, II, cap. CXXI y sig.

(2) Isaías, caps. XXXVI y XXXVII, 4. Reg., 18.

(3) Se encuentra el nombre de Tarak en muchos monumentos del Egipto. En Maneton, el tercer rey de la vigésimaquinta dinastía, que este autor llama etiópica, se llama Taracus.

dres habían tomado y no salvarían á Jerusalem.

Cuando Ezequías leyó la carta de Senaquerib, subió al templo y la presentó abierta delante del Señor, suplicándole que oyese todas las palabras que Senaquerib le había enviado á decir para blasfemar del Dios vivo, y que les salvase de su mano, á fin de que todos los reinos de la tierra conozcan que tú sólo eres *El que es* (1).

En este momento el hijo de Amós envió á decir á Ezequías que el Señor había oído los ultrajes de Senaquerib y sus arrogantes palabras, y que no entraría en Jerusalem; que volvería por el mismo camino que vino, porque «Yo, dice Jehová, protegeré esta ciudad y la salvaré á causa de mí y de David, mi siervo.» La prediccion se cumplió inmediatamente. El ángel del Señor salió, y en una sola noche hirió á ciento ochenta y cinco mil hombres en el campo de los asirios; de suerte, que cuando se levantaron por la mañana, todo estaba cubierto de cadáveres.

La plaga con que el ángel exterminador les hizo perecer, era probablemente el viento, el soplo que el Señor había predicho que enviaría; viento conocido en Oriente con el nombre de *Simoun*, cuyo aire abrasador y pestilente hace perecer caravanas enteras. La relacion de Herodoto lo da á entender igualmente. La multitud de ratones ó la destruccion que en una sola noche puso fuera de combate el ejército de Senaquerib, había sido enviada por el dios del fuego, Vulcano, de quien Setos era sacerdote. Esta extraordinaria derrota del ejército asirio está atestiguada por el profeta Isaías, por el libro de los Reyes, por el de Tobías, por el hijo de Sirac y por los macabeos (2).

Entre los escritores profanos, además de Herodoto, Beroso la refiere en su historia de los caldeos. Despues de haber dicho que Senaquerib era rey de los asirios y que había hecho la guerra en toda el Asia y en Egipto, añade: «Senaquerib, de vuelta de su expedicion de Egipto

(1) Isaías, 37, 8-20.

(2) Isaías, 37, 36-38. 4. Reg., 19. Tobías, I, Eccl., 48, 1. Mac. 7, 2, 8 y 15.



to hacia Jerusalem, encontró allí su ejército al mando de Rabsaces, destruido por una enfermedad pestilente con que Dios le hirió la primera noche que empezó á atacar la ciudad; ciento ochenta y cinco mil hombres perecieron allí con sus jefes. Horrorizado por este desastre, y temiendo por todo su ejército, huyó con sus tropas á su capital, llamada Ninus. Poco despues fué asesinado en el templo de Arasc, por sus dos hijos mayores, Adramelec y Selennar. Estos parricidas, arrojados por el pueblo, huyeron á la Armenia; Senaquerib tuvo por sucesor en el trono á Asaracod» (1).

La Escritura dice en ménos palabras: «Senaquerib, rey de Assur, se volvió y permaneció en Nínive. Y un día que adoraba en el templo de Nesroc (2) su Dios, Adramelec y Sarasar, sus hijos, le atravesaron con sus espadas y huyeron á la tierra de Aranar; y Asarhaddon, su hijo, reinó en su lugar (3). Tal fué el triste fin de este soberbio conquistador.»

Segun los historiadores de la Armenia, los descendientes de Adramelec y de Sarasar no solamente se perpetuaron allí, sino que formaron muchas familias de príncipes, señaladamente los Ardzunios ó porta-águilas, porque llevaban el águila real delante del rey de Armenia en las grandes solemnidades. Veremos tambien con el tiempo obispos cristianos entre estos descendientes de Senaquerib (4).

Senaquerib, por otra parte, sin confesar su derrota, no negará que tuvo que retirarse. Esta implícita confesión es tanto más curiosa, cuanto el orgullo de sus panegiristas es más altivo. Hé aquí lo que dice él mismo: «Volvi hacia Amgarron, degradé los vicarios y los dignatarios que se habian sublevado, y les di muerte. Pero Ezequias, el judío, no se sometió. Hubo allí cuarenta y cuatro grandes ciudades, villas muradas y pequeñas poblaciones cuyo número no tiene igual, con las cuales he combatido, abatiendo su orgullo y afrontando su cólera... En

(1) Josefo, *Antiq.*, 1, 10, c. II.

(2) Este es el dios con cabeza de águila que se encuentra en los monumentos asirios.

(3) Isaías, 37, 36-39.

(4) *Civitates munitas*, dice la Biblia; 4 Reg., capítulo XVIII.

cuanto á él, le encerré en Jerusalem, la ciudad de su poder, como un ave en su jaula. Embesité y bloqueé los fuertes encima de ella... Entonces el inmenso terror de mi majestad terrible horrorizó á Ezequias el judío; los hombres de la ronda y las tropas guardianes que habia reunido para la defensa de Jerusalem, la ciudad de su poder, les dió licencia. Les envié hacia mí á Nínive, la ciudad de mi soberanía, con treinta talentos de oro y cuatrocientos de plata, metales, rubies, perlas, grandes diamantes, sillas de piel, tronos guarnecidos de cuero, ámbar, pieles de buey marino, madera de sándalo... Delegó á su embajador para presentar sus tributos y hacer su sumision» (1).

Nada más claro; Senaquerib se alaba de haber atacado á Jerusalem; y en efecto, su ejército habia ocupado las entradas de la ciudad. Encerró á Ezequias como el ave en una jaula, es cierto. Pero de repente deja la historia sin concluir; no habla de la causa de su retirada; no dice por qué Ezequias se escapó de este sitio tan estrecho. Se contenta con pretender que la sumision es un efecto del «terror inmenso» que inspira; se oculta detrás de las riquezas de los tributos que obtuvo por alejarse. No se podria negar mejor la verdad disimulándola.

Por otra parte, las cifras del tributo son las de la Biblia, poco más ó ménos: treinta talentos de oro y trescientos de plata, dice el libro de los *Reyes*. Recibió, en efecto, al embajador de Ezequias, no en Nínive, sino en Laki. Esta concordancia es maravillosa (2).

A la muerte de este conquistador, vivía en Nínive un piadoso israelita de la tribu de Nefthalí y del país de Galilea. Su nombre era Tobit ó Tobías. No referiremos detalladamente la his-

(1) Oppert, *Inscripciones asirias, Anales de filosofía cristiana*, t. LXI.

(2) Las inscripciones de Senaquerib confirman de una manera brillante la relacion de la Biblia, y segun M. Rawlineon, la concordancia existiria hasta en las cifras del rescate pagado por el rey de Judá. Pero el rey de Nínive no ha dicho todo, y los anales no dicen nada sobre el desastre que experimentó su ejército en su tentativa contra el reino de Judá. (*Historia antigua del Oriente*, por J. J. Guillemin, rector de la Academia de Douai, en la coleccion de M. V. Duruy, ministro de Instruccion pública, 1863.)



toria de este justo de Israel, que soporta con la misma constancia la prosperidad y los más crueles reveses, y que no sabe más que bendecir á su Dios, ya incurra en la desgracia de un nuevo príncipe, ya pierda la vista, ya la recobre.

Pero este conmovedor episodio de la cautividad, nos revela el estado de los hijos de Abraham, no lejos de los lugares de donde el padre de su multitud habia partido libre con sus siervos (1). Senaquerib les aniquila bajo la opresion, prohibiéndoles aun la sepultura. Los viajes del jóven Tobías bajo la custodia del ángel, en Media y en Mesopotamia, parecen, sin embargo, probar que la persecucion se amortiguaba.

En el tiempo mismo en que Jerusalem era amenazada por Senaquerib, Ezequias cayó enfermo de muerte. Rogó al Señor con muchas lágrimas, y Dios oyó sus ruegos prolongando su vida quince años, segun se lo hizo saber el profeta Isaías, quien le curó su enfermedad. Ezequias dió testimonio de su reconocimiento al Señor, por medio de un bello cántico, que los poetas cristianos han imitado en diversas lenguas.

Tan piadoso como fué Ezequias, se dejó llevar por la vanidad. Merodac-Baladan, rey de Babilonia, que se cree ser el mismo que Mardoc-Empad del *Canon* ó catálogo de Ptolomeo, habiendo sabido su enfermedad y su curacion, le envié embajadores con presentes y cartas, para felicitarle é informarse al mismo tiempo del prodigio que habia acaecido. El rey de Babilonia, como nos dicen Alejandro Polihistor y Abideno, estaba en insurreccion contra el de Nínive. Buscaba sin duda el afirmarse en el trono por la alianza del rey de Judá (2).

Ezequias se alegró mucho con esta embajada, y enseñó á los enviados todos sus tesoros. Isaías le reconvinó por esta debilidad y le anunció de parte de Dios que llegaria un día en que todos los tesoros reunidos por sus padres serian trasladados á Babilonia, y sus hijos servirian como eunucos en el palacio del rey.

Veremos cumplirse este oráculo cuando un rey de Babilonia, Nabucodonosor, conducirá

(1) Libro de Nahum, Tobías.

(2) Eusebio, *Cron.*, 1, 1, c. V y IX.

cautivos á los reyes de Judá, Joaquin y Sedecias; pero sobre todo cuando mandará elegir entre los príncipes de su sangre para instruirles en las ciencias de la Caldea, y hacerles servir entre los eunucos del palacio. No solamente el profeta predecía así la grandeza de Babilonia, cuando no era nada, sino que tambien predecía su ruina. Ya hemos visto qué pueblo debia hacerse dueño, los medos: veamos ahora el nombre de su jefe. Isaías celebra (1) el nombre, la gloria y las conquistas de este jefe, Ciro, siglo y medio antes de que Ciro viniese al mundo. Siglo y medio despues de la muerte del conquistador, el griego Jenofonte escribirá el cumplimiento de esta profecía en estos términos: «Habiendo encontrado Ciro poblada el Asia de naciones que se gobernaban por sus propias leyes, se puso en marcha, á la cabeza de un pequeño ejército de Persas, á los cuales se unieron los medos y los hircanios. Con este ejército subyugó á los sirios, asirios, árabes, á los habitantes de la Capadocia, de las dos Frigias, de la Lidia, de la Caria, á los fenicios y á los babilonios. La Bactriana, la India, la Cilicia experimentaron la misma suerte, así como los saces, los pafagomos, los mariandinos y un sinnúmero de pueblos cuyos nombres nadie podrá ni aun decir. Sujuzgó igualmente á los griegos establecidos en el Asia: despues, descendiendo hacia el mar, conquistó la isla de Chipre y el Egipto. Reinó en todas estas naciones, aunque no tuviesen una misma lengua ni con él ni entre sí. Tal fué, sin embargo, el efecto del terror de su nombre, extendido en esta inmensidad de países, que nadie se atrevió á cometer nada contra él. Supo, por otra parte, ganarse el afecto universal, que deseaban todos ser gobernados siempre segun sus ideas. Así llegó á reunir bajo su imperio un número tan extraordinario de provincias, partiendo de la capital y dirigiendo su camino hacia Levante ó hacia Poniente, al Septentrion ó al Mediodia, que á duras penas se podrian recorrer todas (2).»

En cuanto á Babilonia, el profeta recrimina su orgullo y su voluptuosidad y vaticina los

(1) Isaías, caps. XLIII, XLIV y XLV.

(2) Jenofonte, *Cirop.*, lib. I.